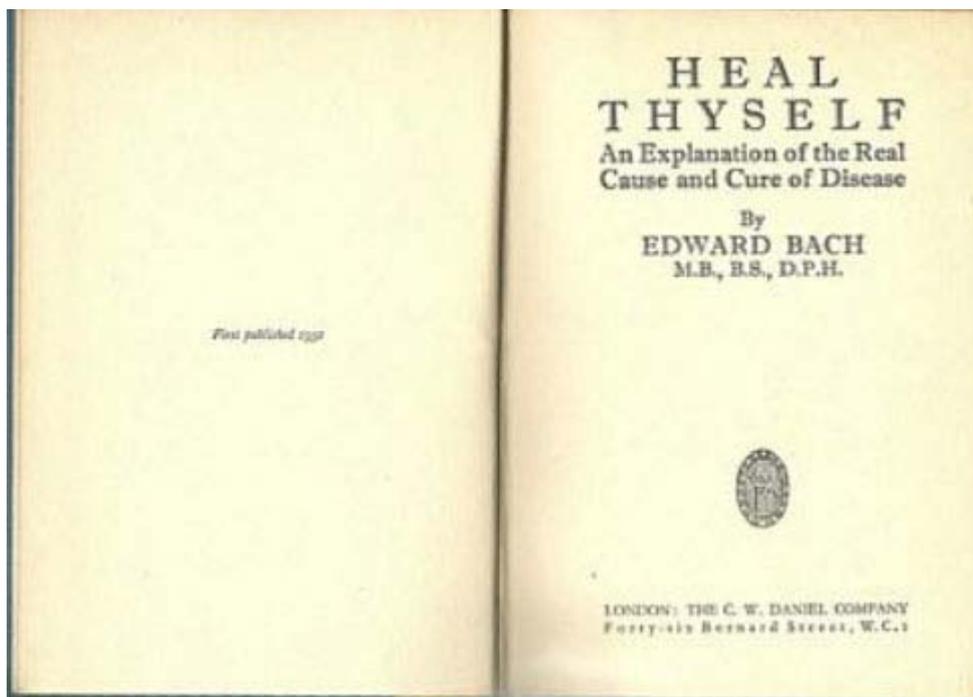


Cúrate a Ti Mismo

(Publicado por C.W. Daniel Co. 1931)¹

Una Explicación de la Verdadera Causa y de la Curación de la Enfermedad

*EDWARD BACH
Dr. en Medicina
Licenciado en Ciencias
Dr. en Filosofía*



Este libro está dedicado a todos los que sufren o están afligidos

¹ Aunque fue publicado en Febrero de 1931, a efectos cronológicos hay que tener en cuenta que lo escribió entre Junio y Julio de 1930.

CAPÍTULO UNO

El objetivo de este libro no es sugerir que es innecesario el arte de curar; la intención está lejos de eso; pero sí que humildemente se espera que sea una guía para que los que sufren busquen dentro de sí mismos el verdadero origen de sus enfermedades, para que puedan auto ayudarse en su propia curación. Además, se espera que pueda estimular a los que, tanto en la profesión médica como en órdenes religiosas, llevan el bienestar de la humanidad en su corazón para que redoblen sus esfuerzos en la búsqueda de alivio para el sufrimiento humano, y así apresurar el día en que la victoria sobre la enfermedad sea completa.

La razón principal del fracaso de la moderna ciencia médica es que se ocupa de los resultados y no de las causas. Durante muchos siglos la verdadera naturaleza de la enfermedad ha sido enmascarada por el materialismo, y así se ha dado a la enfermedad todas las oportunidades para extender sus estragos, ya que no se ha atacado en su origen. La situación es similar a la de un enemigo poderosamente fortificado en las colinas, emprendiendo continuamente guerrillas a las regiones de alrededor, mientras que la gente, haciendo caso omiso de la guarnición fortificada, se contenta con reparar las casas dañadas y enterrar a los muertos, que son el resultado de las incursiones de los merodeadores. Así, generalmente, es la situación en la medicina hoy en día; nada más que pactar con los atacantes y enterrar a los que han muerto, sin pensar en absoluto en la verdadera fortaleza.

La enfermedad nunca podrá curarse o erradicarse con los actuales métodos materialistas, por la simple razón de que el origen de la enfermedad no es material. Lo que conocemos como enfermedad es el último resultado que se produce en el cuerpo, el producto final de la actuación de fuerzas profundas y duraderas, y aunque el tratamiento material por sí sólo sea al parecer acertado no es nada más que un alivio temporal a no ser que la verdadera causa haya sido eliminada. La moderna tendencia de la ciencia médica, interpretando erróneamente la verdadera naturaleza de la enfermedad y reduciéndola a términos materialistas en el cuerpo físico, ha aumentado enormemente su poder, en primer lugar, apartando los pensamientos de la gente de su verdadero origen y consecuentemente del método eficaz de atacarla, y en segundo lugar, localizándola en el cuerpo, obscureciendo de esta manera la verdadera esperanza de recuperación y promoviendo un poderoso complejo de miedo a la enfermedad, el cual nunca debió haber existido.

La enfermedad es en esencia el resultado de un conflicto entre el Alma y la Mente, y nunca se erradicará sin un esfuerzo espiritual y mental. Estos esfuerzos, si se hacen con una correcta comprensión, como veremos más adelante, pueden curar y prevenir la enfermedad eliminando los factores básicos que son su causa original. Ningún esfuerzo dirigido solamente al cuerpo puede hacer algo más que reparar el daño superficialmente, y no hay ninguna curación en ello, ya que la causa está todavía vigente y en cualquier momento puede aparecer otra vez de otra forma. De hecho, en muchos casos, una aparente recuperación es dañina, ya que oculta al paciente la verdadera causa de su problema, y con la satisfacción de una salud aparentemente renovada, el factor verdadero, que sigue inadvertido, puede aumentar sus fuerzas. Comparemos estos casos con el del paciente que conoce, o que es instruido por un médico sabio, la naturaleza de las adversas fuerzas espirituales o mentales que están actuando, y cuyo resultado se ha precipitado en forma de enfermedad en el cuerpo físico. Si este paciente intenta

directamente neutralizar esas fuerzas, la salud mejorará tan pronto haya empezado satisfactoriamente a hacerlo, y cuando haya terminado la enfermedad desaparecerá. La verdadera curación es atacar la fortaleza, la base misma de la causa del sufrimiento.

Una de las excepciones a los métodos materialistas de la ciencia moderna es la del gran Hahnemann, el fundador de la Homeopatía, quien con la comprensión del benéfico amor del Creador y de la Divinidad que reside en el interior del hombre, estudiando la actitud mental de sus pacientes hacia la vida, el ambiente y sus respectivas enfermedades, procuró encontrar en las hierbas del campo y en los reinos de la naturaleza el remedio que no sólo curaría sus cuerpos, sino que al mismo tiempo elevaría su perspectiva mental. Ojalá que su ciencia sea ampliada y desarrollada por los verdaderos médicos que llevan en su corazón el amor por la humanidad.

Quinientos años antes de Cristo algunos médicos de la antigua India, que trabajaban bajo la influencia del Señor Buda, avanzaron en el arte de la curación hasta un estado tan perfecto que fueron capaces de suprimir la cirugía, aunque la cirugía de su tiempo era tan eficiente, si no más, que la de hoy en día. Hombres como Hipócrates, con sus enormes ideales de curación, Paracelso con la certeza de la divinidad en el hombre, y Hahnemann que comprendió que la enfermedad se originaba en un plano por encima del físico - todos ellos tenían muchos conocimientos sobre la verdadera naturaleza y el remedio del sufrimiento. Cuántas innumerables miserias nos habríamos ahorrado durante los últimos veinte o veinticinco siglos si se hubieran seguido las enseñanzas y el arte de estos grandes maestros, pero, como en otras cosas, el materialismo ha influido de manera tan grande al mundo Occidental, y durante tanto tiempo, que las locuaces voces de los obstrutores taparon los consejos de los que conocían la verdad.

Digamos brevemente que la enfermedad, tan cruel en apariencia, en sí misma es benéfica y para nuestro bien y, si se interpreta correctamente, nos dirigirá a nuestros errores esenciales. Si es correctamente tratada será el medio por el que eliminaremos nuestros errores y estaremos mucho mejor que antes. El sufrimiento es un correctivo para indicar una lección que no hemos logrado comprender por otro medio, y nunca se podrá erradicar hasta que se aprenda la lección. Digamos también que los que comprenden y son capaces de leer el significado de los premonitorios síntomas de la enfermedad pueden prevenirla antes de que empiece o de abortarla en sus primeras etapas si se emprenden los apropiados esfuerzos correctivos tanto espirituales como mentales. No hay que desesperar en ningún caso, por severo que sea, porque el hecho de que al individuo todavía se le conceda la vida física indica que el Alma que lo rige no ha perdido la esperanza.

CAPÍTULO DOS

Para comprender la naturaleza de la enfermedad hay que reconocer ciertas verdades fundamentales.

La primera de ellas es que el hombre tiene un Alma que es su verdadero ser; Divino, un Ser Poderoso, un Hijo del Creador de todas las cosas, de la cual el cuerpo, aunque templo terrenal del Alma, es sólo un mínimo reflejo: nuestra Alma, nuestra Divinidad Que reside en y alrededor de nosotros, nos otorgó nuestras vidas para que las ordenemos tal y como Él lo desea y, si se lo permitimos,

siempre nos dirigirá, nos protegerá y nos animará, vigilante y caritativa para conducirnos siempre hacia nuestro mayor bien: porque ÉL, nuestro Yo Superior, es una chispa del Todopoderoso, y por tanto invencible e inmortal.

El segundo principio es que, tal y como nos conocemos a nosotros mismos en este mundo, somos personalidades que estamos aquí con el objetivo de adquirir todo el conocimiento y la experiencia que podamos obtener en esta existencia terrenal, para desarrollar las virtudes de las que carecemos y eliminar todo lo que de erróneo se encuentre en nuestro interior, avanzando así hacia la perfección de nuestras naturalezas. El Alma sabe qué ambiente y qué circunstancias son las mejores para permitirnoslo, y por lo tanto ÉL nos coloca en la rama de la vida más adecuada para conseguir este objetivo.

En tercer lugar, debemos comprender que el corto pasaje por esta tierra, que conocemos como la vida, es sólo un momento en el curso de nuestra evolución, una vida es como un día en la escuela, y aunque solamente podamos ver y comprender el día actual, nuestra intuición nos dice que el nacimiento está infinitamente lejos de nuestro principio y la muerte infinitamente lejos de nuestro final. Nuestras Almas, lo que realmente somos, son inmortales, y los cuerpos de los que somos conscientes son temporales, simplemente como los caballos que montamos para ir de viaje, o los instrumentos que usamos para hacer un trabajo.

De todo ello se deriva un cuarto gran principio, que mientras nuestras Almas y personalidades están en armonía todo es alegría y paz, felicidad y salud. Pero cuando nuestras personalidades se desvían del camino trazado por el Alma, bien por nuestros propios deseos mundanos bien por la persuasión de los demás, surge un conflicto. Este conflicto es la causa original de la enfermedad y la tristeza. Sea cuál sea nuestro trabajo en el mundo - limpiabotas o monarca, terrateniente o campesino, rico o pobre - mientras hagamos este particular trabajo según los dictados del Alma, todo irá bien; y además podemos estar totalmente seguros de que en cualquier posición en la que la vida nos haya colocado, principesca o humilde, contiene las lecciones y experiencias necesarias para este momento de nuestra evolución, y nos proporciona las mejores ventajas para nuestro desarrollo.

El siguiente gran principio es la comprensión de la Unidad de todas las cosas: que el Amor es el Creador de todas las cosas, y que todo de lo que somos conscientes son todas las infinitas formas que tiene de manifestarse este Amor, ya sea un planeta o un guijarro, una estrella o una gota de rocío, o cualquier modesta forma de vida. Es posible que consigamos vislumbrar este concepto imaginando a nuestro Creador como un gran sol ardiente de caridad y amor y que de su centro irradian un número infinito de rayos en todas direcciones, y que nosotros, y todo de lo que tenemos consciencia, somos partículas al final de esos rayos enviadas para adquirir experiencia y conocimiento, pero que en última instancia volverán al gran centro. Y aunque cada rayo nos pueda parecer que está separado y que es distinto, en realidad forma parte del gran Sol central. La separación es imposible, ya que en cuanto un haz de luz es cortado de su fuente deja de existir. Así podemos comprender un poco la imposibilidad de la separación, ya que aunque cada rayo pueda tener su individualidad, sin embargo forma parte del gran poder central creativo. Consecuentemente cualquier acción contra nosotros o contra otros afecta a la totalidad, porque la imperfección causada en una parte se refleja en el todo, y cada una de sus partículas debe devenir perfecta en última instancia.

Así vemos que fundamentalmente hay dos posibles grandes errores: la disociación entre nuestras Almas y nuestras personalidades, y la crueldad o el mal hacia los demás, porque son pecados contra la Unidad. Cualquiera de ellos

provoca el conflicto, el cual conduce a la enfermedad. Entender dónde cometemos el error (lo cual a menudo no sabemos ver) y un esfuerzo serio por corregir la falta, nos conducirá no sólo a una vida de alegría y paz, sino también a la salud.

La enfermedad es, en sí misma, beneficiosa, y tiene por objeto devolver a la personalidad a la Divina voluntad del Alma; y así podemos ver que es posible prevenirla y evitarla, y tan sólo con que pudiéramos comprender por nosotros mismos los errores que cometemos y corregirlos por medios espirituales y mentales no habría ninguna necesidad de las severas lecciones del sufrimiento. El Divino Poder nos otorga todas las oportunidades para enmendar nuestros caminos antes de, en última instancia, tener que aplicar el dolor y el sufrimiento. Puede que no sean los errores de esta vida, este día de escuela, los que estamos combatiendo; y aunque en nuestras mentes físicas puede que no tengamos consciencia de la razón de nuestro sufrimiento, que nos puede parecer cruel y sin razón, sin embargo nuestras Almas (que somos nosotros mismos) conocen totalmente el objetivo y nos dirigen hacia lo que es mejor para nosotros. No obstante, entender y corregir nuestros errores acortaría nuestra enfermedad y nos devolvería la salud. El conocimiento del propósito del Alma y la aceptación de ese conocimiento significa el alivio del sufrimiento y la angustia terrenales, y nos deja libres para desarrollar nuestra evolución con alegría y felicidad.

Hay dos grandes errores: primero, dejar de honrar y obedecer los dictados de nuestra Alma, y segundo, actuar contra la Unidad. De acuerdo con ellos, debemos dejar de juzgar a los demás, porque lo que es correcto para unos puede ser erróneo para otros. El comerciante, que trabaja para aumentar y engrandecer su comercio no sólo lo hace en beneficio propio, sino también en el de todos aquellos a los que pueda emplear, obteniendo así el conocimiento de la eficacia y el control, y desarrollando las virtudes asociadas a cada uno necesitará usar cualidades y virtudes diferentes de las de la enfermera, que sacrifica su vida cuidando enfermos; y sin embargo ambos, obedeciendo los dictados de sus Almas, aprenden correctamente las cualidades necesarias para su evolución. Lo importante es obedecer las órdenes de nuestra Alma, nuestro Yo Superior, las cuales conocemos por la consciencia, el instinto y la intuición.

Así vemos que por sus mismos principios y por su misma esencia, la enfermedad es evitable y curable, y el trabajo de los sanadores espirituales y de los médicos es dar a los enfermos, además de los remedios materiales, el conocimiento de los errores de sus vidas que provocan el sufrimiento, y la manera como estos errores se pueden erradicar, y así devolverles la salud y la alegría.

CAPÍTULO TRES

Lo que conocemos como enfermedad es la etapa terminal de un desorden mucho más profundo, y para asegurar el éxito completo en el tratamiento es obvio que ocuparse solamente del resultado final no será totalmente eficaz a no ser que se erradique también la causa básica. Hay un error primario que el hombre puede cometer, y es actuar contra la Unidad; lo cual proviene del egoísmo. Así también podemos decir que solamente hay una aflicción primaria – el malestar, o la enfermedad. De la misma manera en que las acciones contra la Unidad se pueden dividir en varios tipos, igualmente la enfermedad - el resultado de estas acciones – se puede separar en varios grupos principales que se corresponden con sus

causas. La naturaleza misma de una enfermedad será una guía útil para ayudarnos a descubrir el tipo de acción que se comete en contra de la Ley Divina del Amor y la Unidad.

Si tenemos suficiente amor por todas las cosas en nuestra naturaleza, entonces no podemos hacer daño; porque ese amor detendrá nuestra mano ante cualquier acción, y nuestra mente ante cualquier pensamiento que pudiera dañar a otro. Pero aún no hemos alcanzado ese estado de perfección; si lo hubiéramos alcanzado, nuestra existencia aquí no tendría sentido. Pero todos buscamos y avanzamos hacia ese estado, y los que sufrimos en la mente o en el cuerpo somos conducidos hacia aquella condición ideal por esos mismos sufrimientos; y si los leemos bien, no sólo podemos apresurar nuestros pasos hacia aquel objetivo, sino también evitarnos la enfermedad y la angustia. Desde el momento en que entendemos la lección y eliminamos el error ya no es necesaria la corrección, porque debemos recordar que el sufrimiento es, en sí mismo, beneficioso, puesto que nos advierte cuando tomamos caminos incorrectos y apresura nuestra evolución hacia su gloriosa perfección.

Las verdaderas enfermedades primarias del hombre son defectos tales como el orgullo, la crueldad, el odio, el egoísmo, la ignorancia, la inestabilidad y la codicia; y cada uno de ellos, con tal que lo meditemos, veremos que es contrario a la Unidad. Estos defectos son las verdaderas enfermedades (usando la palabra en el sentido moderno), y es la continuidad y la persistencia en tales defectos, después de que hemos alcanzado el estado de desarrollo en el que sabemos que son erróneos, lo que precipita en el cuerpo los resultados perjudiciales que conocemos como enfermedad.

El orgullo se debe, en primer lugar, a la falta de reconocimiento de la pequeñez de la personalidad y de su absoluta dependencia del Alma, y que todos los éxitos que se puedan obtener no lo son a causa de sí mismo, sino que son bendiciones concedidas por la Divinidad interior; en segundo lugar, a la pérdida del sentido de la proporción, de la insignificancia de uno frente al esquema de la Creación. Como el Orgullo invariablemente rehúsa inclinarse con humildad y abandonarse a la Voluntad del Gran Creador, comete acciones contrarias a esa Voluntad.

La crueldad es una negación de la unidad de todo y un fracaso en la comprensión de que cualquier acción adversa a otros está opuesta con el todo, y de ahí que sea una acción contra la Unidad. Ningún hombre ejercería sus efectos perjudiciales contra los que le son cercanos y queridos, y según la ley de la Unidad tenemos que crecer hasta que comprendamos que cada uno, como parte de un todo, debe ser cercano y querido por nosotros, hasta que incluso los que nos persiguen evoquen en nosotros sentimientos de amor y compasión.

El odio es lo opuesto al Amor, el reverso de la Ley de la Creación. Es contrario a todo el esquema Divino y es una negación del Creador; tan sólo conduce a acciones y pensamientos que son adversos a la Unidad y opuestos a los que serían dictados por el Amor.

El egoísmo es también una negación de la Unidad y del deber para con nuestros hermanos los hombres, anteponiendo nuestros propios intereses al bien de la humanidad y al cuidado y protección de aquellos que nos son más cercanos.

La ignorancia es un fracaso en aprender, rehusar ver la Verdad cuando se nos ofrece la oportunidad, y conduce a muchos actos erróneos como los que sólo pueden existir en la oscuridad y que no son posibles cuando nos rodea la luz de la Verdad y del Conocimiento.

La inestabilidad, la indecisión y la debilidad en nuestros propósitos aparecen cuando la personalidad rechaza ser gobernada por el Yo Superior, y nos conducen a traicionar a los demás a causa de nuestra debilidad. Tales condiciones no serían posibles si tuviéramos en nuestro interior el conocimiento de la Divinidad Inconquistable e Invencible que es lo que en realidad somos.

La codicia conduce al deseo del poder. Es una negación de la libertad y la individualidad de cada alma. En lugar de reconocer que cada uno de nosotros está aquí para desarrollar libremente sus propios caminos solamente de acuerdo a los dictados del alma, incrementar su individualidad, y trabajar libremente y sin obstáculos, la personalidad codiciosa desea dictar, moldear y mandar, usurpando el poder del Creador.

Estos son los ejemplos de la verdadera enfermedad, el origen y la base de todo nuestro sufrimiento y angustia. Cada uno de estos defectos, si se persiste en él en contra de la voz del Yo Superior, provocará un conflicto que necesariamente se reflejará en el cuerpo físico, produciendo su propio tipo específico de enfermedad.

Ahora podemos ver cómo cualquier tipo de enfermedad que podamos sufrir nos dirigirá al descubrimiento del defecto que se encuentra detrás de nuestra aflicción. Por ejemplo, el Orgullo, que es la arrogancia y la rigidez de mente, dará lugar a aquellas enfermedades que producen la rigidez y el endurecimiento del cuerpo. El dolor es el resultado de la crueldad, por el cual el paciente aprende, a partir del sufrimiento personal, a no infligirlo a otros, ya sea desde un punto de vista físico o mental. Las penalidades del Odio son la soledad, el carácter violento e incontrolable, los tormentos mentales nerviosos y los estados de histerismo. Las enfermedades de introspección - la neurosis, la neurastenia y condiciones similares - que privan a la vida de tanto placer, están causadas por el Egoísmo. La ignorancia y la falta de sabiduría traen sus propias dificultades en la vida diaria y, si además existe una persistencia en rechazar ver la verdad cuando se nos da la oportunidad, las consecuencias naturales son el deterioro de los ojos y el oído. La inestabilidad de la mente conduce al cuerpo a la misma condición con los distintos desórdenes que afectan al movimiento y a la coordinación. El resultado de la codicia y la dominación de los demás son aquellas enfermedades que convertirán a quién las padece en un esclavo de su propio cuerpo, con deseos y ambiciones frenados por la enfermedad.

Además, la misma parte afectada del cuerpo no es accidental, sino que está en concordancia con la ley de causa y efecto, y una vez más será una guía que nos ayudará. Por ejemplo, el corazón, la fuente de la vida y por tanto del amor, se ve atacado especialmente cuando la naturaleza no ha desarrollado su aspecto amoroso hacia la humanidad o lo ha usado mal; una mano afectada denota fallos o errores en la acción; si está aquejado el cerebro, que es el centro del control, indica la falta de control en la personalidad. Y así podríamos seguir pues todo está bajo la misma ley. Estamos dispuestos a admitir los múltiples resultados como consecuencia de un ataque de violencia, o del impacto de una súbita mala noticia; pues si asuntos tan triviales pueden afectar de esta manera al cuerpo, cuanto más grave y arraigado estará un prolongado conflicto entre el alma y el cuerpo. ¿Podemos extrañarnos de que el resultado sean dolencias tan graves como las enfermedades que nos afligen en la actualidad?

Sin embargo no hay ningún motivo para deprimirse. La prevención y la curación de la enfermedad se pueden encontrar descubriendo lo que es erróneo dentro de nosotros mismos y erradicando esta falta por medio del recto desarrollo

de la virtud que la destruirá; no luchando contra lo erróneo, sino barriéndolo de nuestras naturalezas inundándolas con la virtud opuesta.

CAPÍTULO CUATRO

Así vemos, pues, que no hay nada de accidental en la naturaleza respecto a la enfermedad, ni en su tipo ni en la parte del cuerpo que esté afectada; sigue la ley de causa y efecto igual que todos los otros resultados de la energía. Los medios físicos directos pueden causar ciertas enfermedades, como las que se asocian a algunos venenos, accidentes, heridas, y grandes excesos; pero la enfermedad en general se debe a algún error básico en nuestra constitución, como en los ejemplos citados.

Y así, para una completa curación no deben usarse solamente medios físicos, escogiendo siempre los mejores métodos que conozcamos en el arte de la curación, sino que nosotros mismos también debemos procurar eliminar, hasta donde seamos capaces, cualquier falta de nuestra naturaleza; porque la curación definitiva y completa proviene en última instancia desde el interior, del Alma de uno mismo, que por Su benevolencia irradia armonía por toda la personalidad, cuando se le permite hacerlo.

Así como hay una gran causa original en cualquier enfermedad, a saber el egoísmo, así también hay un gran y efectivo método para aliviar todo sufrimiento: convertir el egoísmo en devoción por los demás. Es suficiente con desarrollar la cualidad de olvidarnos de nosotros mismos en el amor y el cuidado de los que nos rodean, disfrutando de la gloriosa aventura de obtener conocimiento y ayudar a los demás, para que nuestras penas y sufrimientos personales lleguen a su fin rápidamente. Éste es el gran objetivo final: la pérdida de nuestros propios intereses en el servicio a la humanidad. No importa en qué situación de la vida nos haya colocado nuestra Divinidad. Tanto si estamos comprometidos con un negocio o con una profesión, si somos ricos o pobres, monarcas o mendigos, absolutamente a todos nos es posible llevar a cabo el trabajo de nuestras respectivas vocaciones y además llegar a ser verdaderas bendiciones para los que nos rodean comunicándoles el Divino Amor Fraternal.

Pero la gran mayoría de nosotros tenemos que recorrer algún trecho antes de que podamos alcanzar este estado de perfección, aunque es sorprendente lo rápido que cualquier individuo, que se esfuerza seriamente, puede avanzar en esta dirección, mostrando que si no confiamos solamente en nuestra pobre personalidad, sino en una fe implícita, por la que según el ejemplo y las enseñanzas de los grandes maestros del mundo uno puede unirse con su propia Alma, la Divinidad interior, todas las cosas son posibles. En la mayoría de nosotros hay uno, o más, defectos adversos que dificultan nuestro avance particular, y es ese defecto, o defectos, el que especialmente debemos buscar en nosotros mismos, y mientras nos esforzamos en desarrollar y ampliar en nuestra naturaleza el lado amoroso hacia el mundo, al mismo tiempo debemos esforzarnos para borrar ese defecto en particular inundando nuestra naturaleza con la virtud opuesta. Al principio esto puede resultar un poco difícil, pero nada más empezar, es notable la rapidez con la que aumenta una virtud verdaderamente estimulada, y junto con el conocimiento de la ayuda de nuestra Divinidad interior, si perseveramos, el fracaso es imposible.

En nuestro desarrollo interior del Amor Universal, debemos aprender a comprender cada vez más que cada ser humano, por pequeño que sea, es un hijo del Creador, y que algún día y a su debido tiempo él también alcanzará la perfección igual como esperamos hacerlo nosotros. Por infame que un hombre o una criatura puedan parecer, debemos recordar sin embargo que en su interior está la Chispa Divina, que, aunque despacio, es seguro que crecerá hasta que la gloria del Creador irradie de su ser.

Por otra parte, la cuestión de lo correcto o lo erróneo, del bien y del mal, es puramente relativa. Lo que es correcto en la natural evolución de un aborigen sería erróneo para el más ilustrado de nuestra civilización, e incluso lo que para nosotros hasta podría ser una virtud podría estar fuera de lugar, y por ello erróneo, en el que ha alcanzado la etapa de discipulado. Lo que llamamos erróneo o malo en realidad es lo bueno fuera de lugar, y por lo tanto es puramente relativo. También debemos recordar que nuestro estándar de idealismo también es relativo; a los animales les debemos parecer como verdaderos dioses, mientras que nosotros mismos estamos muy lejos de los estándares de la gran Hermandad Blanca de Santos y Mártires que lo dieron todo y son ejemplos para nosotros. Por ello debemos tener compasión y benevolencia con los más pequeños, porque aunque podamos considerar que hemos avanzado bastante por encima de su nivel, verdaderamente somos pequeños, y tenemos que recorrer aún un largo viaje hasta que podamos alcanzar el estándar de nuestros hermanos mayores, cuya luz brilla en el mundo eternamente.

Si el Orgullo nos ataca, debemos intentar comprender que nuestras personalidades no son nada en sí mismas, incapaces de hacer un buen trabajo o un servicio aceptable, o de resistirse a los poderes de las tinieblas, a no ser que les asista aquella Luz que viene de lo superior, la Luz de nuestra Alma; esforcémonos en comprender, aunque sea solamente un destello, la omnipotencia y la inconcebible grandeza de nuestro Creador, Quien crea un mundo totalmente perfecto en una gota de agua, y sistemas y sistemas de universos, e intentemos comprender la relativa humildad que le debemos y nuestra total dependencia de Él. Si aprendemos a rendir homenaje y respeto a nuestros superiores humanos; ¡cuán infinitamente más deberíamos reconocer con total humildad nuestra propia fragilidad ante el Gran Arquitecto del Universo!

Si la Crueldad, o el Odio, nos cierran el camino para progresar, debemos recordar que el Amor es los cimientos de la Creación, que en cada alma viviente hay algo bueno, y que en el mejor de nosotros hay algo malo. Buscando lo bueno en los demás, incluso en los que al principio nos ofendieron, aprenderemos a desarrollar, como mínimo, un poco de compasión y la esperanza de que encontrarán mejores caminos; consecuentemente surgirá en nosotros el deseo de ayudarles a corregirse. En última instancia todo será conquistado por el amor y la delicadeza, y nada será capaz de atacarnos cuando hayamos desarrollado suficientemente estas dos cualidades, porque tendremos compasión y no ofreceremos resistencia; pues, una vez más, según la ley de causa y efecto la resistencia es la que nos causa daño. Nuestro objetivo en la vida es seguir los dictados de nuestro Yo Superior, sin que la influencia de otros nos inmute, y esto sólo se puede alcanzar si vamos cuidadosamente por nuestro propio camino, y al mismo tiempo no interferimos en la personalidad de otro ni le causamos el menor daño por ningún método de crueldad u odio. Debemos esforzarnos en aprender el amor por los demás, comenzando quizás con un individuo o incluso un animal, y dejar que este amor se desarrolle y se extienda cada vez más, hasta que sus

defectos opuestos desaparezcan automáticamente. El Amor engendra Amor, como el Odio engendra Odio.

La curación del egoísmo se efectúa dirigiendo a los demás el cuidado y la atención que nos dispensamos a nosotros mismos, absorbiéndonos tanto en su bienestar hasta que, en el esfuerzo por conseguirlo, nos olvidamos de nosotros mismos. Tal como lo expresa una gran orden de la Hermandad, "buscad el consuelo de vuestra propia angustia llevando alivio y consuelo a vuestro prójimo en sus horas de aflicción", y no hay ninguna otra manera más segura de curar el egoísmo y sus consiguientes desórdenes que este método.

La Inestabilidad se puede erradicar desarrollando la autodeterminación, pensando y actuando con decisión en lugar de dudar y titubear. Aunque al principio a veces cometamos errores, es mejor actuar que dejar pasar las ocasiones por falta de decisión. Pronto crecerá la determinación; desaparecerá el miedo a zambullirse en la vida, y las experiencias obtenidas dirigirán nuestra mente a tomar mejores decisiones.

Para erradicar la Ignorancia, de nuevo no debemos tener miedo de las experiencias, sino que con la mente despierta y los ojos y los oídos abiertos de par en par debemos captar cada partícula de conocimiento que podamos obtener. Al mismo tiempo debemos mantenernos flexibles de pensamiento, no sea que ideas preconcebidas y antiguas convicciones nos priven de la oportunidad de obtener un conocimiento más fresco y más amplio. Deberíamos estar siempre dispuestos a expandir la mente y rechazar cualquier idea, por muy firmemente arraigada que esté, si una amplia experiencia nos muestra mayores verdades.

Al igual que el Orgullo, la Codicia es un gran obstáculo para avanzar, y los dos deben eliminarse sin contemplaciones. Las consecuencias de la Codicia son bastante graves, porque ella nos lleva a interferir en el desarrollo anímico de nuestros semejantes. Debemos comprender que cada ser está aquí para desarrollar su propia evolución de acuerdo a los dictados de su Alma, y solamente de su Alma, y que ninguno de nosotros no debe hacer otra cosa que animar a su hermano en ese desarrollo. Debemos ayudarlo a tener esperanza y, si está dentro de nuestras posibilidades, aumentar su conocimiento y todas las oportunidades que tengamos para que avance en su desarrollo. Tal y como nos gustaría que otros nos ayudaran a ascender por el escarpado y difícil camino de montaña de la vida, igualmente debemos estar siempre dispuestos a echar una mano y brindar la experiencia de nuestro mayor conocimiento a un hermano más débil o más joven. Así debe ser la actitud del padre para con el niño, del maestro con el hombre o de los compañeros con los compañeros, dando cuidados, amor y protección en cuanto sean necesarios y beneficiosos, pero sin interferir nunca, ni por un momento, en la evolución natural de la personalidad, porque es el Alma quién la dicta.

En la niñez y en la infancia la mayoría de nosotros está mucho más cerca de nuestra propia Alma que no lo estamos en los años sucesivos, y entonces tenemos las ideas más claras respecto a nuestro trabajo en la vida, los esfuerzos que se espera que hagamos y el carácter que necesitamos desarrollar. Esto es así porque el materialismo y las circunstancias de nuestra época, y las personalidades con quienes nos relacionamos, nos apartan de la voz de nuestro Yo Superior y nos atan firmemente a las cosas triviales carentes de ideales, todo esto es muy evidente en la civilización actual. Dejemos que los padres, el maestro y los compañeros se esfuercen siempre en alentar el crecimiento del Yo Superior en el interior de aquellos sobre quienes tienen el maravilloso privilegio y la oportunidad

de ejercer su influencia, pero que siempre dejen en libertad a los demás, igual como ellos esperan que se les deje en libertad.

De manera similar podemos buscar cualquier defecto en nuestra constitución y eliminarlo desarrollando la virtud opuesta, suprimiendo así de nuestra naturaleza la causa del conflicto entre el Alma y la personalidad, que es la primigenia causa básica de la enfermedad. Esta acción por sí misma, si el paciente tiene fe y fortaleza, le aportará alivio, salud y alegría, y en aquellos que no sean tan fuertes les ayudará esencialmente a que el trabajo temporal del médico les aporte el mismo resultado.

Debemos aprender seriamente a desarrollar la individualidad según los dictados de nuestra propia Alma, sin temer a ningún hombre, y viendo que nadie interfiere con, o nos disuade de, el desarrollo de nuestra evolución, ni del cumplimiento de nuestro deber y de cómo ayudamos a nuestros semejantes, recordando que cuanto más avanzamos, somos una bendición mayor para los que nos rodean. Especialmente debemos estar atentos cuando ayudemos a los demás, no importa quienes sean, de estar seguros de que el deseo de ayudar proviene de los dictados del Yo Interior y que no es un falso sentido del deber impuesto por la sugerencia o la persuasión de una personalidad más dominante. Una de las tragedias como resultado de los convencionalismos modernos es de ese tipo, y es imposible calcular las miles de vidas desperdiciadas, las miríadas de ocasiones perdidas, el dolor y el sufrimiento causados, el número incontable de hijos que por el sentido del deber, quizás durante años, han cuidado de un padre inválido cuando la única enfermedad que le aquejaba era la codicia de atención. Pensemos en los ejércitos de hombres y mujeres a quienes se les ha impedido hacer tal vez algún gran trabajo útil para la humanidad porque su personalidad ha sido capturada por algún individuo de quien no han tenido el coraje de liberarse; y en los niños que a muy temprana edad conocen y desean seguir su vocación, y sin embargo las dificultades de las circunstancias, la disuasión de los demás y la debilidad de propósitos les desvían por alguna otra rama de la vida, donde no se sienten ni felices ni capaces de desarrollar su evolución como lo podrían haber hecho. Sólo los dictados de nuestra consciencia son los que pueden decirnos si nuestro deber es con uno o con muchos, cómo y a quién debemos servir; pero en cualquier caso, deberíamos obedecer su mandato al máximo de nuestra capacidad.

Finalmente, no temamos zambullirnos en la vida; aquí debemos adquirir experiencia y conocimiento, pero aprenderemos poco a poco a no ser que afrontemos la realidad y pongamos todo nuestro empeño. Esta experiencia puede obtenerse en cada esquina, y las verdades de la naturaleza y de la humanidad pueden obtenerse con tanta certeza como eficacia, o incluso más, en una casa de campo como entre el ruido y el bullicio de una ciudad.

CAPÍTULO CINCO

Puesto que la carencia de individualidad (es decir, permitir interferencias con la personalidad, interferencias que impiden cumplir los mandatos del Yo Superior) es de tanta importancia en la génesis de enfermedades, y puesto que a menudo empieza pronto en la vida, pasemos ahora a considerar la verdadera relación entre padres e hijos, profesores y alumnos.

Fundamentalmente, el servicio de la paternidad debería ser el medio privilegiado (y, en verdad, debería ser considerado como divinamente privilegiado) de permitir a un alma entrar en contacto con este mundo con el objeto de evolucionar. Si se entiende correctamente, probablemente no se ofrezca a la humanidad ninguna oportunidad más grande que ésta, ser el agente del nacimiento físico de un alma y tener el cuidado de la joven personalidad durante los primeros años de su existencia en la tierra. La actitud de los padres debería ser exclusivamente la de dar al pequeño recién llegado, hasta donde sean capaces, todas las orientaciones espirituales, mentales y físicas, pero recordando siempre que el pequeño es un alma individual que ha venido al mundo a obtener su propia experiencia y conocimiento a su propia manera de acuerdo con los dictados de su Yo Superior, y que deberían concederle toda la libertad posible para que se desarrolle sin impedimentos.

El servicio de la paternidad es un servicio divino, y se debería respetar como tal, o incluso más, que cualquier otro deber que estemos llamados a desempeñar. Aunque es sacrificado, siempre debemos tener presente que al niño no se le debe pedir absolutamente nada a cambio, porque el objetivo es exclusivamente dar, y solamente dar, cuidadoso amor, protección y guía hasta que el alma se encargue de la joven personalidad. Desde el principio se le deberá enseñar independencia, individualidad y libertad, y tan pronto como sea posible se deberá alentar al niño a pensar y actuar en la vida por sí mismo. Poco a poco se debe renunciar a todo control paterno a medida que se vaya desarrollando la capacidad de valerse por sí mismo, y más adelante ninguna restricción o ninguna falsa idea del deber deberían obstaculizar los dictados del Alma del niño.

La paternidad es un servicio en la vida que pasa de unos a otros, y su esencia es dar temporalmente guía y protección durante un breve período, después de este tiempo debería cesar en sus esfuerzos y dejar al objeto de su atención libre para que avance solo. Recordemos que el niño, de quién podemos ser su guardián temporal, puede ser un alma mucho más vieja y grande que nosotros, y espiritualmente superior a nosotros, por lo que el control y la protección deberán limitarse a las necesidades de la joven personalidad.

La paternidad es un deber sagrado, de carácter temporal y que pasa de generación en generación. Conlleva nada más que servicio y no reclama nada a cambio al joven, ya que se le debe dejar en libertad para desarrollarse a su propio modo y prepararse tanto como sea posible para realizar el mismo servicio unos años más tarde. Así el niño no debería tener ninguna restricción, ninguna obligación ni ningún obstáculo paterno, sabiendo que la paternidad se otorgó primero a su padre y a su madre, y es posible que él deba realizar el mismo servicio respecto a otro.

Los padres deberían estar particularmente en guardia ante cualquier deseo de moldear a la joven personalidad de acuerdo a sus propias ideas o deseos, y deberían abstenerse de cualquier control excesivo o de pedir favores a cambio de su deber natural y del divino privilegio de ser el medio de ayudar a un alma a ponerse en contacto con el mundo. Cualquier anhelo de control, o el deseo de modelar a la joven vida por motivos personales, es una forma terrible de codicia que nunca se debería consentir, ya que si arraiga en los jóvenes padre o madre, en el futuro se convertirán en verdaderos vampiros. Si hay el menor deseo de dominio, se debe comprobar desde el principio. Debemos rechazar ser esclavos de la codicia, que nos conduce al deseo de poseer a los demás. Debemos

estimular en nosotros el arte de dar, y desarrollarlo hasta que haya lavado, con su sacrificio, cualquier huella de acción adversa.

El profesor siempre debería tener presente que su oficio es simplemente ser el agente para dar al joven la orientación y las oportunidades de aprender las cosas del mundo y de la vida, para que cada niño pueda absorber el conocimiento a su propia manera, y, si se le da libertad, instintivamente escogerá lo que sea necesario para el éxito de su vida. Por ello, otra vez, no se debería dar al estudiante nada más que el cariñoso cuidado y la orientación que le permitan obtener el conocimiento que necesita.

Los niños deberían recordar que el servicio de la paternidad, como emblema del poder creador, es una misión divina, pero que ello no implica ponerles ni restricciones ni obligaciones en su desarrollo que pudieran obstaculizarles la vida y el trabajo que les dicta su propia Alma. Es imposible estimar en la actual civilización el callado sufrimiento, las naturalezas restringidas y el desarrollo de caracteres dominantes que produce el desconocimiento de este hecho. En casi todas las familias padres e hijos se construyen prisiones por motivos completamente falsos y por una errónea concepción de la relación entre padres e hijos. Estas prisiones excluyen la libertad, restringen la vida, evitan el desarrollo natural y traen tristeza a todos los afectados, afligiendo a las personas con desórdenes mentales, nerviosos e incluso físicos que son los que forman la mayor parte de las enfermedades de nuestros días.

No es posible comprender totalmente que cada alma encarnada está aquí con el objetivo específico de adquirir experiencia y entendimiento, y para perfeccionar su personalidad hacia los ideales albergados por el alma. Sea cuál sea nuestra relación con los demás, marido y esposa, padre e hijo, hermano y hermana, o maestro y hombre, pecamos contra nuestro Creador y contra nuestro prójimo si dificultamos la evolución de otra alma a causa de nuestros deseos personales. Nuestro único deber es obedecer los dictados de nuestra propia consciencia, y ésta no debe soportar ni por un momento la dominación de otra personalidad. Cada uno debe recordar que su Alma ha dispuesto un trabajo particular para él, y que a no ser que realice este trabajo, aunque sea de forma inconsciente, inevitablemente aparecerá un conflicto entre su Alma y su personalidad que necesariamente reaccionará en forma de desórdenes físicos.

Verdaderamente, cualquiera puede sentirse llamado a dedicar su vida a otra persona solamente, pero antes de hacerlo debe estar absolutamente seguro que éste es el mandato de su Alma, y no la sugerencia persuasiva de otros o de alguna personalidad dominante sobre él, o falsas ideas de un deber mal entendido. Debe también recordar que venimos a este mundo para ganar batallas, para adquirir fuerza ante los que quieren controlarnos, y para avanzar hasta ese estado en el que pasamos por la vida cumpliendo con nuestro deber silenciosa y calmadamente, sin sentirnos intimidados o influenciados por ningún ser viviente, guiados con serenidad por la voz de nuestro Yo Superior. Para muchos la principal batalla estará en su propia casa, donde antes de obtener la libertad para ganar victorias en el mundo deberán liberarse a sí mismos de la dominación adversa y del control de algún pariente cercano.

Cualquier individuo, tanto si es un adulto como un niño, que tenga como parte de su trabajo en la vida liberarse del control dominante de otro, debería recordar lo siguiente: en primer lugar, que a su supuesto opresor se le debe considerar de la misma manera como si se tratara de un rival en el deporte, como a una personalidad con quien jugamos el juego de la Vida, sin el menor rastro de

amargura, y que si no tuviéramos estos oponentes careceríamos de la oportunidad de desarrollar nuestro propio coraje e individualidad; en segundo lugar, que las verdaderas victorias en la vida llegan por el amor y la suavidad, y que en tal competición no se debe usar ninguna fuerza en absoluto: que es desarrollando firmemente su propia naturaleza, sintiendo compasión, bondad y, si es posible, afecto - o, incluso mejor, amor - hacia el oponente, que podrá desarrollarse y, con el tiempo, podrá seguir apacible y silenciosamente la llamada de la consciencia sin permitir la menor interferencia.

Aquellos que son dominantes necesitan mucha ayuda y orientación que les permita comprender la gran verdad universal de la Unidad y entender la alegría de la Hermandad. Omitir estas cosas es omitir la verdadera felicidad de la Vida, y debemos ayudar a estas personas en la medida de nuestras posibilidades. La debilidad por nuestra parte, que les permite ampliar su influencia, no les ayudará en absoluto; rechazar apaciblemente su control, y esforzarnos para que entiendan la alegría de dar, les ayudará a ascender el camino.

Obtener nuestra libertad, lograr nuestra individualidad e independencia, en muchos casos requerirá mucho coraje y fe. Pero en las horas más oscuras, y cuando el éxito parece casi imposible, siempre debemos recordar que los hijos de Dios nunca deberían tener miedo, que nuestras Almas sólo nos presentan las tareas que somos capaces de realizar, y que con nuestro propio coraje y fe en la Divinidad interior, la victoria llegará para todos aquellos que siguen esforzándose.

CAPÍTULO SEIS

Y ahora, queridos hermanos y hermanas, cuándo comprendemos que el Amor y la Unidad son los grandes cimientos de nuestra Creación, que nosotros mismos somos hijos del Amor Divino, y que la eterna conquista de todo lo erróneo y del sufrimiento se logrará mediante la delicadeza y el amor, cuando comprendemos todo esto, ¿en qué parte de este hermoso cuadro debemos colocar prácticas tales como la vivisección y el injerto de glándulas de animales?. ¿Todavía somos aún tan primitivos, tan paganos, que aún creemos que por medio del sacrificio de animales podremos librarnos de las consecuencias de nuestras propias faltas y defectos?. Hace cerca de 2.500 años el Señor Buda mostró al mundo la incorrección de sacrificar criaturas inferiores. La humanidad ya tiene una poderosa deuda para con los animales a los que ha torturado y destruido, y lejos de obtener cualquier beneficio por utilizar prácticas tan inhumanas, no ha aportado nada más que daño y perjuicio tanto al reino humano como al animal. Cuánto nos hemos apartado los Occidentales de aquellos hermosos ideales de nuestra antigua Madre India, cuando el amor por las criaturas de la tierra era tan grande que los hombres estaban entrenados y eran expertos en atender las enfermedades y las heridas de los animales, aunque fueran pájaros. Además, había enormes santuarios para todos los tipos de vida, y la gente estaba tan en contra de lastimar a una criatura inferior que a cualquier hombre que cazara se le negaba la asistencia médica, cuando estaba enfermo, si antes no juraba abandonar tal práctica.

No hablemos en contra de los hombres que practican la vivisección, pues muchos de ellos trabajan por principios realmente humanitarios, esperando y esforzándose por encontrar algún alivio para el sufrimiento humano; su motivación es bastante buena, pero su sabiduría es pobre, y tienen poco conocimiento del

sentido de la vida. Solamente la motivación, aunque sea correcta, no es suficiente; ésta se debe combinar con la sabiduría y el conocimiento.

Del horror de la magia negra asociada con el injerto de glándulas no debemos ni siquiera escribir, pero imploramos a todo ser humano que lo evite por ser diez mil veces peor que cualquier plaga, ya que es un pecado contra Dios, los hombres y los animales.

Salvo con una o dos excepciones no hay ninguna razón para extenderse hablando del fracaso de la moderna ciencia médica; la destrucción es inútil a no ser que reconstruyamos un edificio mejor, y como en medicina ya se han puesto los cimientos de un edificio más nuevo, debemos concentrarnos en agregar una o dos piedras a ese templo. Ninguna crítica adversa a la profesión tiene valor hoy en día; porque principalmente es el sistema el que está equivocado, no los hombres; porque es un sistema en el que el médico, tan sólo por motivos económicos, no tiene tiempo para administrar, tranquilamente, un sosegado tratamiento o la oportunidad para meditar suficientemente y pensar, lo cual debería ser el patrimonio de los que dedican sus vidas a atender a los enfermos. Como dijo Paracelso, el médico sabio asiste a cinco, no a quince, pacientes en un día - un ideal impracticable por el médico corriente en esta época.

Tenemos sobre nosotros el amanecer de un nuevo y mejor arte de curación. Hace cien años, la Homeopatía de Hahnemann fue como el primer resplandor matutino después de una larga noche de oscuridad, y puede que desempeñe un gran papel en la medicina del futuro. Además, la atención que se presta actualmente a mejorar las condiciones de vida y a suministrar una dieta más pura y depuradora es un avance hacia la prevención de la enfermedad; y los movimientos orientados a dar a conocer a la gente la conexión entre los defectos espirituales y la enfermedad y cómo se puede obtener la curación perfeccionando la mente, señalan el camino hacia el amanecer de un sol resplandeciente, ante cuya radiante luz desaparecerá la oscuridad de la enfermedad.

Recordemos que la enfermedad es un enemigo común, y que cada uno de nosotros que conquiste un fragmento de ella no sólo se ayuda a sí mismo, sino a toda la humanidad. Verdaderamente, pero es necesario, habrá que emplear una gran cantidad de energía antes de que su derrota sea completa; absolutamente todos debemos esforzarnos para conseguir este resultado, y los que sean más grandes y fuertes que otros no sólo deberán realizar la parte que les corresponde, sino ayudar esencialmente a sus hermanos más débiles.

Obviamente el primer modo de prevenir que la enfermedad se extienda y aumente es que dejemos de cometer las acciones que amplían su poder; el segundo, eliminar de nuestras naturalezas nuestros propios defectos, que permitirían futuras invasiones. Conseguirlo es la verdadera victoria; y entonces, habiéndonos liberado, seremos libres para ayudar a los demás. Y no es tan difícil como puede parecer a simple vista; sólo se espera que hagamos todo lo posible, y sabemos que es posible para todos nosotros si escuchamos los dictados de nuestra propia Alma. La vida no nos exige un sacrificio inconcebible; nos pide que la recorramos con alegría en nuestro corazón y seamos una bendición para los que nos rodean, de manera que si dejamos el mundo solamente un poco mejor de lo que estaba cuando vinimos, habremos cumplido con nuestro trabajo.

Las enseñanzas de las religiones, si se interpretan correctamente, nos suplican "abandonadlo todo y seguidme", y su interpretación es que debemos entregarnos completamente a las exigencias de nuestro Yo Superior, pero no, como algunos se imaginan, abandonando casa y comodidades, amor y lujos; la

verdad está muy lejos de esto. El príncipe de un reino, con todo el esplendor de palacio, puede ser verdaderamente un Don del cielo y una bendición para su pueblo, para su país - incluso, para el mundo; cuánto se podría haber perdido si este príncipe se hubiera imaginado que su deber era entrar en un monasterio. Las tareas en cada rama de la vida, desde la más modesta a la más enaltecida, deben realizarse, y la Divina Guía de nuestros destinos sabe en qué tarea colocarnos para nuestro mayor bien; todo lo que se espera de nosotros es que cumplamos con nuestro deber correcta y alegremente. Hay santos en las mesas de trabajo de una fábrica y en la bodega de un barco, como también los hay entre los dignatarios de órdenes religiosas. A nadie se le pide en esta tierra que haga más de lo que puede realizar, y si nos esforzamos por expresar lo mejor de nosotros, siempre guiados por nuestro Yo Superior, la salud y la felicidad son posibles para cada uno de nosotros.

Durante la mayor parte de los dos últimos milenios la civilización Occidental ha pasado por una era de intenso materialismo, y gran parte de la comprensión del lado espiritual de nuestras naturalezas y de la existencia se ha perdido ante una disposición de ánimo que ha colocado los bienes mundanos, las ambiciones, los deseos y los placeres por encima de las cosas importantes de la vida. La verdadera razón de la existencia del hombre en la tierra ha quedado ensombrecida por su ansiedad de obtener de su encarnación solamente beneficios mundanos. Fue un período en el que la vida fue muy difícil debido a la falta del verdadero consuelo, del estímulo y del aliciente que aporta la comprensión de cosas más grandes que las del mundo. Durante los últimos siglos las religiones que siguen muchas personas les parecían como leyendas que no tenían nada que ver con sus vidas, en lugar de ser la esencia misma de su existencia. La verdadera naturaleza de nuestro Yo Superior, el conocimiento de una vida anterior y otra posterior, aparte de la actual, ha significado muy poco, en lugar de ser la guía y el estímulo de cada una de nuestras acciones. Hemos rehuido las grandes cosas y hemos intentado hacer la vida lo más cómoda posible retirando lo metafísico de nuestras mentes y compensándonos por nuestros esfuerzos con placeres terrenales. Así la posición, el rango, la riqueza y los bienes terrenales se han convertido en el objetivo de estos siglos; y como todas estas cosas son transitorias y sólo pueden obtenerse y conservarse con mucha ansiedad y concentración sobre las cosas materiales, consecuentemente la verdadera paz interior y la felicidad de las pasadas generaciones ha estado infinitamente por debajo de lo que la humanidad merece.

La verdadera paz del Alma y de la mente está con nosotros cuando progresamos espiritualmente, y esto no puede obtenerse solamente acumulando riquezas, por grandes que sean. Pero los tiempos cambian, y son muchos los indicios de que esta civilización ha comenzado a pasar de una era de puro materialismo a desear las realidades y las verdades del universo. El generalizado y creciente interés actual por el conocimiento de las verdades metafísicas, el creciente número de los que desean información sobre la existencia anterior y posterior a esta vida, el hallazgo de métodos para vencer la enfermedad por medio de la fe y técnicas espirituales, la búsqueda entre las antiguas enseñanzas y la sabiduría de Oriente – todo ello son signos de que la gente actual está vislumbrado la realidad de las cosas. Así, cuando se llega al problema de la curación podemos entender que éste también tendrá que ponerse a la altura de los tiempos y cambiar sus groseros métodos materialistas por los de una ciencia basada en la realidad de la Verdad y gobernada según las mismas leyes Divinas

que gobiernan todas nuestras naturalezas. La curación pasará del dominio de los métodos físicos para tratar el cuerpo físico a la curación espiritual y mental, que, aportando la armonía entre el Alma y la mente, erradicará la verdadera causa básica de la enfermedad, permitiendo que después, en caso necesario, se utilicen medios físicos para completar la curación del cuerpo.

A no ser que la profesión médica comprenda estos hechos y avance conjuntamente con el crecimiento espiritual de la gente, es muy posible que el arte de la curación pase a manos de las órdenes religiosas o de los verdaderos sanadores de hombres que existen en toda generación, pero que hasta ahora han vivido más o menos ignorados, y la actitud de los ortodoxos les ha impedido seguir su inclinación natural. El médico del futuro deberá tener dos grandes objetivos. El primero de ellos será el de ayudar al paciente a conocerse a sí mismo e indicarle los errores fundamentales que puede estar cometiendo, las deficiencias de su carácter que debe remediar, y los defectos de su naturaleza que debe erradicar y sustituir por las virtudes correspondientes. Semejante médico deberá ser un gran estudioso de las leyes que rigen la humanidad y de su propia naturaleza humana, para que pueda reconocer en todos los que acudan a él aquellos elementos que causan un conflicto entre el Alma y la personalidad. Deberá ser capaz de aconsejar al paciente cómo restablecer la armonía necesaria, qué acciones contra la Unidad debe dejar de realizar y las necesarias virtudes que debe desarrollar para borrar sus defectos. Cada caso requerirá un cuidadoso estudio, y sólo los que hayan dedicado gran parte de su vida al conocimiento de la humanidad y en cuyo corazón arda el deseo de ayudar, serán capaces de emprender satisfactoriamente este glorioso y divino trabajo para la humanidad, abriendo los ojos al que sufre e iluminándolo sobre su razón de ser, e inspirándole la esperanza, el consuelo y la fe que le permitirán vencer su enfermedad.

El segundo deber del médico será el de administrar aquellos remedios que ayudarán al cuerpo físico a recobrar fuerzas y estimularán a la mente a tranquilizarse, ensancharán sus puntos de vista y aumentarán sus esfuerzos en pos de la perfección, aportando así paz y armonía a toda la personalidad. Estos remedios se encuentran en la naturaleza, colocados allí por la piedad del Creador Divino para la curación y el consuelo de la humanidad. Conocemos algunos de ellos, y médicos en diferentes partes del mundo están buscando más actualmente, sobre todo en nuestra Madre la India, y sin duda, cuando tales investigaciones se hayan desarrollado más, recuperaremos muchos conocimientos que se tenían hace más de dos mil años, y el sanador del futuro tendrá a su disposición los maravillosos y naturales remedios que divinamente han sido plantados para que el hombre remedie su enfermedad.

De este modo la abolición de la enfermedad dependerá de que la humanidad comprenda la verdad de las leyes inalterables de nuestro Universo y que se adapte con humildad y obediencia a esas leyes, atrayendo así la paz entre su Alma y ella misma, obteniendo la verdadera alegría y felicidad de la vida. Y la parte correspondiente al médico será la de asistir a cualquiera que sufra para que conozca esa verdad e indicarle el medio por el que podrá obtener la armonía, inspirarlo a que con la fe en su Divinidad todo es posible, y administrar esos remedios físicos que le ayudarán en la armonización de la personalidad y la curación del cuerpo.

CAPÍTULO SIETE

Y ahora hemos llegado a un problema de importancia fundamental, ¿cómo podemos auto ayudarnos?. Cómo podemos mantener nuestra mente y nuestro cuerpo en ese estado de armonía que dificulte o imposibilite que la enfermedad nos ataque, ya que es indudable que la personalidad sin conflicto es inmune a la enfermedad.

En primer lugar consideremos la mente. Ya hemos comentado con cierta amplitud la necesidad de buscar en nuestro interior los defectos que poseemos y que nos conducen a actuar en contra de la Unidad y en desarmonía con los dictados del Alma, y de eliminar estas faltas desarrollando las virtudes opuestas. Esto se puede hacer siguiendo las directrices indicadas anteriormente, y un honesto auto examen nos revelará la naturaleza de nuestros errores. Nuestros consejeros espirituales, los verdaderos médicos y los amigos íntimos, todos ellos deberían ser capaces de ayudarnos a obtener una imagen fidedigna de nosotros, pero el método perfecto de aprender es por el pensamiento sereno y la meditación, y rodearnos de tal atmósfera de paz que nuestras Almas puedan hablarnos a través de nuestra consciencia e intuición, y guiarnos según sus deseos. Con tan sólo apartarnos un rato cada día, en soledad y en un lugar tan tranquilo como sea posible, libres de interrupciones, simplemente sentados o acostados silenciosamente, cuidando de mantener la mente en blanco o pensando tranquilamente sobre nuestro trabajo en la vida, al cabo de un tiempo encontraremos que esos momentos nos son de gran ayuda y, por decirlo de alguna manera, se nos dan destellos de conocimiento y orientación. Vemos que inequívocamente se nos contesta a las preguntas sobre los difíciles problemas de la vida, y somos capaces de escoger con confianza el camino correcto. En todas estas ocasiones debemos albergar en nuestro corazón un ardiente deseo de servir a la humanidad y de trabajar según los dictados de nuestra Alma.

Recordemos que, cuando se descubre la falta, el remedio no consiste en combatir contra ella ni en emplear la fuerza de voluntad y la energía para suprimir lo incorrecto, sino en un desarrollo estable de la virtud opuesta, borrándose así automáticamente todo rastro de lo indeseable en nuestras naturalezas. Éste es el método verdadero y natural de progresar y vencer lo incorrecto, infinitamente más fácil y eficaz que la lucha contra un defecto en particular. Luchar contra una falta aumenta su poder, mantiene nuestra atención centrada en su presencia, y desencadena una verdadera batalla, y el mayor éxito que entonces podemos esperar es la conquista por represión, que es poco satisfactoria, porque el enemigo está todavía con nosotros y en un momento de debilidad puede aparecer de nuevo. Olvidar la falta y esforzarse conscientemente en desarrollar la virtud que la haga imposible, esto es la verdadera victoria.

Por ejemplo, si existe crueldad en nuestra naturaleza, podemos decir continuamente: "no seré cruel", y así evitarnos errar en esa dirección; pero el éxito de esta manera de proceder depende de la fuerza de la mente, y si ésta se debilita, momentáneamente, podríamos olvidarnos de nuestra buena intención. Pero si, por otra parte, desarrollamos la verdadera compasión hacia nuestro prójimo, esta cualidad hará imposible la crueldad de una vez por todas, ya que evitaremos muchos actos horribles a causa de nuestro compañerismo. En esto no hay ninguna represión, ningún enemigo oculto que pueda aparecer cuando no estamos en guardia, porque nuestra compasión erradicará completamente de nuestra naturaleza la posibilidad de cualquier acto que pueda dañar a los demás.

Como hemos visto anteriormente, la naturaleza de nuestras enfermedades físicas nos ayudará materialmente indicándonos la desarmonía mental que es originariamente su causa básica; y otro gran factor de éxito es que tengamos deleite por la vida y no consideremos la existencia simplemente como un deber que hay que cumplir con tanta paciencia como sea posible, desarrollando una verdadera alegría por la aventura de nuestro viaje por este mundo.

Quizás una de las tragedias más grandes del materialismo es el desarrollo del aburrimiento y la pérdida de la verdadera felicidad interior; esto conduce a la gente a buscar el contento y la compensación a los problemas en las alegrías y placeres terrenales, y estos tan sólo pueden aportar el olvido temporal de nuestras dificultades. Una vez que empezamos a buscar la compensación para nuestras tribulaciones en las manos de un bufón a sueldo entramos en un círculo vicioso. La diversión, el entretenimiento, la frivolidad son buenos para todos nosotros, pero no cuando continuamente dependemos de ellos para aliviar nuestros problemas. Las diversiones mundanas, sean de la clase que sean, regularmente tienen que aumentar de intensidad para ser eficaces, y lo que ayer nos emocionó, mañana nos aburrirá. Entonces continuamos buscando otras y mayores excitaciones hasta que nos hemos saciado y ya no podemos obtener alivio de esa manera. De una u otra forma confiar en los entretenimientos mundanos nos convierte a todos nosotros en Faustos, y aunque quizás no lo podamos comprender totalmente en nuestro yo consciente, la vida se convierte para nosotros en poco más que un sufrido deber, y todos sus verdaderos deleites y alegrías, que deberían ser el patrimonio de cualquier niño y que deberíamos mantener hasta el final, se nos escapan. La etapa extrema la alcanzan hoy en día los esfuerzos científicos que se están desarrollando para obtener el rejuvenecimiento, la prolongación de la vida natural y el aumento de los placeres sensuales mediante prácticas diabólicas.

El estado de aburrimiento es el responsable de una mayor incidencia de la enfermedad en nosotros de la que sería normal generalmente, y como hoy en día éste tiende a aparecer pronto en la vida, las enfermedades asociadas con él tienden a aparecer a una edad cada vez menor. Este estado no se puede presentar si reconocemos la verdad de nuestra Divinidad, nuestra misión en el mundo, y así poseemos la alegría de adquirir experiencia y ayudar a los demás. El antídoto para el aburrimiento es interesarnos activa y vivamente por todo lo que nos rodea, estudiar la vida durante todo el día, aprender, y aprender, y aprender de nuestro prójimo y de los acontecimientos de la vida la Verdad que existe detrás de todas las cosas, perdernos en el arte de obtener conocimiento y experiencia, y aprovechar las oportunidades de utilizarlos en favor de un compañero de viaje. Así cada uno de los momentos de nuestro trabajo y de nuestro ocio nos aportará el celo de aprender, el deseo de experimentar cosas verdaderas, aventuras verdaderas y hechos que valgan la pena, y a medida que desarrollemos esta facultad encontraremos que recuperamos la capacidad de obtener alegría de las pequeñas cosas, y acontecimientos que antes nos parecían vulgares y desagradablemente monótonos serán una oportunidad para la investigación y la aventura. Es en las cosas sencillas de la vida - sencillas porque están cerca de la gran Verdad - donde se debe encontrar el verdadero placer.

La renuncia, que nos convierte en simples pasajeros distraídos en el viaje por la vida, abre la puerta a innumerables influencias adversas que nunca tendrían la oportunidad de introducirse en nosotros si nuestra existencia diaria la viviéramos espiritualmente y con alegría por la aventura. Independientemente de cuál sea nuestra situación, trabajadores en una ciudad con sus aglomeraciones, o pastores

solitarios en los montes, debemos esforzarnos por convertir la monotonía en interés, el aburrido deber en una alegre oportunidad para experimentar, y la vida cotidiana en un apasionado estudio de la humanidad y las grandes leyes fundamentales del Universo. En todo lugar existen amplias oportunidades para observar las leyes de la Creación, ya sea en las montañas, o en los valles, o entre nuestros hermanos los hombres. Primero debemos convertir la vida en una aventura de absorbente interés, donde el aburrimiento ya no sea posible y, con el conocimiento así obtenido, procurar armonizar nuestra mente con nuestra Alma y con la gran Unidad de la Creación de Dios.

Otra ayuda fundamental para nosotros es desechar el miedo. En realidad el miedo no tiene cabida en el natural reino humano, porque nuestra Divinidad interior, que es nosotros, es invencible e inmortal, y con tal que nos diéramos cuenta de ello, como Hijos de Dios, no tendríamos nada que temer. En las épocas materialistas, naturalmente, el miedo aumenta con los bienes terrenales (ya sea del propio cuerpo o de riquezas externas), ya que si esas cosas son nuestro mundo, puesto que son tan transitorias, tan difíciles de obtener y tan imposibles de conservar más allá de lo que dura un suspiro, despiertan en nosotros una extrema ansiedad para no perder ninguna oportunidad de conseguirlas mientras podamos, y necesariamente hemos de vivir en un constante estado de miedo, consciente o subconsciente, porque en nuestro interior sabemos que en cualquier momento se nos pueden arrebatar tales bienes y que como máximo solamente podemos conservarlos una breve vida.

En esta época el miedo a la enfermedad ha crecido tanto que tiene una gran capacidad para causar daño, porque abre la puerta a las cosas que tememos y facilita su entrada. Ese miedo es en realidad un interés egoísta, ya que cuando el bienestar de los demás nos absorbe seriamente no tenemos tiempo para sentir aprensión por nuestras propias enfermedades. Actualmente el miedo juega una gran papel en el incremento de la enfermedad, y la ciencia moderna ha aumentado el reino del terror al exponer al público en general sus descubrimientos, que por el momento sólo son verdades a medias. El conocimiento de las bacterias y los distintos gérmenes asociados con la enfermedad ha causado estragos en las mentes de decenas de miles de personas y, a causa del temor que ha despertado en ellas, las ha hecho más susceptibles al ataque. Aunque formas de vida inferiores, como las bacterias, puedan tener su papel o estar asociadas con la enfermedad física, no constituyen en absoluto toda la verdad del problema, como se puede demostrar científicamente o por acontecimientos cotidianos. Hay un factor que la ciencia es incapaz de explicar con principios físicos, y es por qué algunas personas se ven afectadas por la enfermedad mientras que otras no, aunque ambas hayan estado expuestas a las mismas posibilidades de infección. El materialismo olvida que hay un factor, por encima del plano físico, que en el transcurso de la vida protege o hace susceptible a un individuo en particular respecto a la enfermedad, sea de la naturaleza que sea. El miedo, con su efecto deprimente sobre nuestra mentalidad, causando desarmonía en nuestros cuerpos físicos y magnéticos, prepara el terreno para la invasión, y si las bacterias y semejantes medios físicos fueran los que única y exclusivamente causarían la enfermedad, entonces verdaderamente habría pocas razones para no tener miedo. Pero cuando comprendemos que en las peores epidemias solamente se ven afectados una proporción de los que han estado expuestos a la infección y que, como ya hemos visto, la verdadera causa de la enfermedad está en nuestra propia personalidad y dentro de nuestro control, entonces tenemos razones para

desechar el miedo, sabiendo que el remedio está en nosotros mismos. Podemos alejar de nuestras mentes todo miedo a los medios físicos como única causa de la enfermedad, sabiendo que tal ansiedad simplemente nos hace vulnerables, y que si procuramos aportar armonía a nuestra personalidad no tenemos que temer a la enfermedad más de lo que temeríamos que nos alcanzara un rayo o que nos cayera un fragmento de meteorito.

Consideremos ahora el cuerpo físico. Nunca debemos olvidar que tan sólo es la morada terrenal del Alma, en la que habitamos sólo durante una corta temporada para que podamos ser capaces de ponernos en contacto con el mundo con el objetivo de adquirir experiencia y conocimiento. Sin llegar a identificarnos nosotros mismos demasiado con nuestros cuerpos deberíamos tratarlos con respeto y cuidado, para que puedan estar sanos y duren lo suficiente para hacer nuestro trabajo. En ningún momento deberíamos sentir excesiva preocupación o ansiedad por ellos, sino aprender a tener tan poca consciencia de ellos como sea posible, usándolos como un vehículo de nuestra Alma y mente, y como servidores para hacer nuestra voluntad. La limpieza externa e interna es muy importante. Para lo primero los Occidentales usamos agua demasiado caliente; ésta abre los poros y permite la entrada de suciedad. Además, el empleo excesivo de jabón vuelve la piel viscosa. El agua fresca o tibia, ya sea en forma de ducha o cambiando el agua del baño más de una vez, es el método más natural y mantiene el cuerpo más sano; sólo se debería usar la cantidad de jabón necesaria para eliminar la suciedad evidente, y después enjuagarlo bien con agua fresca.

La limpieza interna depende de la dieta, y deberíamos elegir todo lo que es limpio, sano y tan fresco como sea posible, principalmente frutas naturales, verduras y frutos secos. Ciertamente se debería evitar la carne de animales; primero, porque da lugar a muchos venenos físicos en el cuerpo; segundo, porque estimula un apetito anormal y excesivo; y en tercer lugar, porque implica crueldad con el mundo animal. Se debería tomar mucho líquido para limpiar el cuerpo, como agua, vinos naturales y productos elaborados directamente del almacén de la Naturaleza, evitando las bebidas destiladas, más artificiales.

No deberíamos dormir excesivamente, ya que muchos de nosotros tenemos más autocontrol mientras estamos despiertos que cuando dormimos. El viejo refrán, "Cuando llega la hora de darse la vuelta, es el momento de levantarse", es una guía excelente para cuando hay que hacerlo.

La ropa debería ser tan ligera como sea compatible con la temperatura; debería permitir que el aire llegue hasta el cuerpo, y siempre que sea posible se debería exponer la piel a la luz del sol y al aire fresco. Los baños de agua y de sol son grandes portadores de salud y vitalidad.

Todas las cosas deberían estimularnos la alegría, y deberíamos rechazar que la duda y la depresión nos oprimieran, recordando que no nos corresponden, ya que nuestras Almas solamente conocen la alegría y la felicidad.

CAPÍTULO OCHO

Así vemos que nuestra victoria sobre la enfermedad dependerá principalmente de lo siguiente: en primer lugar, la comprensión de la Divinidad en el interior de nuestra naturaleza y consiguientemente de nuestro poder para vencer todo lo que es erróneo; en segundo lugar, el conocimiento de que la causa básica de la enfermedad se debe a la desarmonía entre la personalidad y el Alma; en

tercer lugar, nuestra buena voluntad y capacidad para descubrir la falta que causa ese conflicto; y en cuarto lugar, la supresión de cualquiera de esas faltas desarrollando la virtud opuesta.

El deber del arte de la curación será el de ayudarnos a alcanzar el conocimiento necesario y los medios por los que podemos vencer nuestras enfermedades, y además administrar aquellos remedios que reforzarán nuestros cuerpos mentales y físicos y nos darán mayores probabilidades de victoria. Entonces verdaderamente vamos a ser capaces de atacar la enfermedad en sus raíces con verdaderas esperanzas de éxito. La escuela médica del futuro no se interesará particularmente en los resultados finales y las consecuencias de la enfermedad, tampoco prestará tanta atención a las lesiones físicas existentes, o administrará medicinas y sustancias químicas simplemente para paliar sus síntomas, sino que, conocedora de la verdadera causa de la enfermedad y consciente de que los resultados físicos evidentes son simplemente secundarios, concentrará sus esfuerzos en aportar la armonía entre el cuerpo, la mente y el alma, lo cual tiene como resultado el alivio y la curación de la enfermedad. Y en aquellos casos en que la corrección de la mente se inicie con la suficiente antelación se evitará la enfermedad inminente.

Entre los tipos de remedios que se utilizarán estarán los que se obtienen de las más hermosas hierbas y plantas que se encuentran en la farmacia de la Naturaleza, ya que han sido divinamente enriquecidas con poderes curativos para la mente y el cuerpo humanos.

Por nuestra parte debemos practicar la paz, la armonía, la individualidad y la firmeza de propósitos, y desarrollar el conocimiento de que en esencia somos de origen Divino, hijos del Creador, y que por ello tenemos dentro de nosotros, esperando que lo desarrollemos, como en última instancia haremos con toda seguridad a su debido tiempo, el poder para lograr la perfección. Y esta realidad debe aumentar en nuestro interior hasta que se convierta en el rasgo más destacado de nuestra existencia. Categóricamente debemos practicar la paz, imaginando a nuestras mentes como un lago que siempre debe mantenerse tranquilo, sin olas, ni ningún murmullo que perturbe su tranquilidad, y gradualmente desarrollar este estado de paz hasta que ningún acontecimiento de la vida, ninguna circunstancia, ninguna otra personalidad sea capaz bajo cualquier pretexto de rizar la superficie de ese lago o de provocar en nuestro interior cualquier sentimiento de irritabilidad, depresión o duda. Materialmente nos ayudará un corto periodo diario de soledad para pensar silenciosamente en la belleza de la paz y los beneficios de la calma, y comprender que no será con preocupaciones ni prisas que conseguiremos más, sino con calma, la calma en el pensamiento y en la acción nos hacen más eficientes en todo lo que emprendemos. Armonizar nuestra conducta en esta vida de acuerdo a los deseos de nuestra propia Alma, y permanecer en ese estado de paz en el que las pruebas y las perturbaciones del mundo nos dejen impasibles, es verdaderamente un gran logro y nos aporta esa Paz que trasciende la comprensión; y aunque al principio nos parezca un sueño fuera de nuestro alcance, en realidad está, con paciencia y perseverancia, dentro del alcance de todos nosotros.

No todos estamos destinados a ser santos, o mártires, u hombres de renombre; a la mayoría de nosotros se nos asignan trabajos menos ilustres. Pero se espera de todos que entendamos la alegría y la aventura de la vida y que realicemos con agrado la particular parcela de trabajo que nos ha reservado nuestra Divinidad.

Para los que están enfermos, la paz mental y la armonía con el Alma son las mayores ayudas para recuperarse. La medicina y la enfermería del futuro prestarán mucha más atención al desarrollo de esto en el paciente de lo que lo hacemos hoy cuando, incapaces de juzgar el progreso de un caso a no ser que sea por los científicos medios materialistas, pensamos más en las tomas frecuentes de temperatura y en unos cuidados que interrumpen, más que promueven, el tranquilo descanso y la relajación del cuerpo y de la mente tan esenciales para la recuperación. No hay duda de que si en el mismo inicio de, por lo menos, dolencias menores, podemos conseguir una completa relajación durante unas horas, y la armonía con nuestro Yo Superior, la enfermedad no se manifestará. En esos momentos tenemos que atraer hacia nosotros una fracción de esa calma, simbolizada por la llegada de Cristo a la barca durante la tormenta en el lago de Galilea, cuando Él ordenó "Paz, estad tranquilos".

Nuestra perspectiva de la vida depende de la proximidad entre la personalidad y el Alma. Cuanto más estrecha sea su unión más grandes serán la armonía y la paz, y más claramente brillarán la luz de la Verdad y la radiante felicidad que pertenecen a los reinos más elevados; ellas nos sostendrán firmes y sin desaliento ante las dificultades y los terrores del mundo, porque están cimentadas en la Eterna Verdad de Dios. El conocimiento de la Verdad también nos proporciona la certeza de que, por muy trágicos que nos puedan parecer algunos acontecimientos del mundo, sólo constituyen una etapa temporal en la evolución del hombre; y que incluso la enfermedad es en sí misma beneficiosa y opera bajo ciertas leyes diseñadas para producir finalmente el bien y empujarnos continuamente hacia la perfección. Los que tienen este conocimiento son incapaces de estar conmovidos, o deprimidos, o consternados por los acontecimientos que son una carga para los demás, y toda la incertidumbre, el miedo y la desesperación desaparecen para siempre. Si podemos mantenernos en comunión constante con nuestra propia Alma, nuestro Divino Padre, entonces el mundo será verdaderamente un lugar de alegría, sin que ninguna influencia adversa pueda ejercerse sobre nosotros.

No se nos permite ver la magnitud de nuestra propia Divinidad, o comprender la grandeza de nuestro Destino y el glorioso futuro que está ante nosotros; porque, si así fuera, la vida no sería ninguna prueba y no implicaría ningún esfuerzo, ni ningún mérito. Principalmente nuestra virtud consiste en olvidar esas grandes cosas, y sin embargo tener la fe y el coraje para vivir bien y dominar las dificultades de esta tierra. Podemos, sin embargo, por medio de la comunión con nuestro Yo Superior, mantener la armonía que nos permite vencer todos los contratiempos mundanos y hacer nuestro viaje a lo largo del camino correcto hasta completar nuestro destino, sin inmutarnos por las influencias que nos desviarían.

Después debemos desarrollar la individualidad y liberarnos de todas las influencias mundanas, para que, obedeciendo solamente los dictados de nuestra propia Alma sin dejarnos conmover por circunstancias u otras personas, nos convirtamos en nuestros propios maestros, dirigiendo nuestra nave por los encrespados mares de la vida sin abandonar jamás la ruta de la rectitud, o dejar, durante algún momento, la dirección de nuestro navío en manos de otro. Debemos conquistar nuestra libertad absoluta y completamente, para que todo lo que hagamos, todas y cada una de nuestras acciones – incluso cada uno de nuestros pensamientos - tengan su origen en nosotros mismos, permitiéndonos así vivir y brindarnos libremente por decisión propia, y únicamente por decisión propia.

Nuestra mayor dificultad en este sentido puede estar en los que nos son más allegados, en esa época en la que el miedo a los convencionalismos y a las falsas normas del deber se desarrolla de manera tan espantosa. Pero debemos aumentar nuestro coraje, porque aunque a muchos de nosotros nos parezca suficiente para enfrentarnos con las grandes cosas de la vida, sin embargo nos falla en las pruebas más íntimas. Debemos ser capaces de determinar objetivamente lo correcto de lo erróneo y actuar sin miedo ante la presencia de familiares o amigos. ¡Cuántos entre nosotros son héroes en el mundo exterior, pero cobardes en casa! Por muy sutiles que sean los medios utilizados para impedirnos realizar nuestro Destino, el pretexto del amor y del afecto, o un falso sentido del deber, son métodos para esclavizarnos y mantenernos prisioneros de los deseos y las exigencias de los demás, y por ello debemos apartarlos inexorablemente. La voz de nuestra propia Alma, y solamente esa voz, es a lo que debemos prestar atención en cuanto a nuestro deber si no deseamos que nos obstaculicen los que nos rodean. La individualidad debe ser desarrollada al máximo, y debemos aprender a andar por la vida sin confiar en nada más que en nuestra propia Alma como dirección y ayuda, tomar con ambas manos nuestra libertad y zambullirnos en el mundo para obtener cada partícula de conocimiento y de experiencia que nos sea posible.

Al mismo tiempo también debemos estar atentos para permitir a cada uno su libertad, sin esperar nada de los demás, sino, al contrario, estar siempre listos para echarles una mano para ayudarles a levantarse en los momentos de necesidad y dificultad. Así cada personalidad con la que nos encontramos en la vida, ya sea la madre, el marido, el niño, el forastero o el amigo, se convierte en un compañero de viaje, y cualquiera de ellos puede ser más grande o más pequeño que nosotros en cuanto al desarrollo espiritual; porque todos somos miembros de una hermandad común y parte de una gran comunidad que efectúa el mismo viaje y con el mismo glorioso final en el horizonte.

Debemos permanecer firmes en la determinación de vencer, decididos en la voluntad de alcanzar la cumbre de la montaña; no nos lamentemos ni por un momento por lo tropezos a lo largo del camino. Nunca se ha efectuado ninguna gran ascensión sin fallos ni caídas, y se deben considerar como las experiencias que nos ayudarán a tropezar menos en el futuro. Nunca debe deprimirnos ningún recuerdo sobre errores del pasado; ya pasaron y terminaron, y el conocimiento que así obtuvimos nos ayudará a evitar que los repitamos. Constantemente debemos apresurar el paso y avanzar, sin lamentarnos nunca, ni mirar hacia atrás, porque el pasado, incluso el de hace una hora, ya es pasado, y el glorioso futuro con su ardiente luz siempre está delante de nosotros. Todo miedo debe ser expulsado; nunca debería existir en la mente humana, y sólo es posible cuando perdemos de vista nuestra Divinidad. Es ajeno a nosotros porque como Hijos del Creador, Chispas de la Vida Divina, somos invencibles, indestructibles e inconquistables. La enfermedad es, al parecer, cruel porque es la consecuencia que hay que pagar por los pensamientos y las acciones incorrectos, que resultan crueles para los demás. De ahí la necesidad de desarrollar al máximo el amor y la fraternidad en nuestras naturalezas, ya que así la crueldad será imposible en el futuro.

El desarrollo del Amor nos aporta la comprensión de la Unidad, de la verdad de que absolutamente cada uno de nosotros somos parte de Una Gran Creación.

La causa de todos nuestros problemas es el yo y la separación, y desaparecen tan pronto como el Amor y el conocimiento de la gran Unidad forman parte de nuestras naturalezas. El Universo es Dios hecho objeto; en su nacimiento

es el renacimiento de Dios; en su final es Dios sumamente más desarrollado. Igualmente el hombre; su cuerpo es la exteriorización de sí mismo, su naturaleza interna manifestada como objeto; es la expresión de sí mismo, la materialización de las cualidades de su consciencia.

En nuestra civilización Occidental tenemos el ejemplo glorioso, el gran modelo de perfección y las enseñanzas de El Cristo para guiarnos. Él representa para nosotros el Mediador entre nuestra personalidad y nuestra Alma. Su misión en la tierra fue la de enseñarnos como obtener la armonía y la comunión con nuestro Yo Superior, con Nuestro Padre que está en el Cielo, y así obtener la perfección conforme a la Voluntad del Gran Creador de todas las cosas.

Lo mismo enseñó el Señor Buda y otros grandes Maestros que de vez en cuando han venido a la tierra para indicar a los hombres el camino para lograr la perfección. No hay caminos a medias para la humanidad. La Verdad debe ser reconocida, y el hombre debe unirse con el infinito esquema de Amor de su Creador.

Y así saldremos, mis hermanos y hermanas, al glorioso sol del conocimiento de nuestra Divinidad, y nos pondremos a trabajar con fervor y constancia para participar del Magnífico Designio de ser felices y comunicar la felicidad, uniéndonos con el gran grupo de la Hermandad Blanca cuya razón de existir es obedecer la voluntad de su Dios, y su gran alegría está en el servicio a sus hermanos más jóvenes.

